La Alborada

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDADES

Año VII | Montevideo, Febrero 8 de 1903 | Núm. 256

LOS EMBAJADORES



Marquez.—Andamos como *mulas* tahoneras, don Pedrito.—¡Nunca hemos de ver el fin! ..

Don Pedro.—Esta Maqueca me hace sudar hasta el rabadilla, y más le valiera á uno estar duermes ..

Marquez.—Tarde se acuerda de eso don Pedrito, pues ha dejado Vd. este camino como campo arado.

tremo de que al cabo de un mes que el regimiento permaneció en aquel punto, desoyendo por completo los sanos consejos de su amigo, y obrando sólo por los impulsos de su enamorado corazón, en campaña se hacen estas cosas, se casó la joven Margarita. Ella por su parte lo amaba tanto, que siempre lo acompanaba á donde sus deberes militares lo llamaban. Más, la dicha de los dos jóvenes esposos fué corta, puesto que un año después de la boda, la apasionada Margarita dejaba de existir al dar á luz una linda y hermosa criatura.

Poco antes de morir la joven española, pudo besar á su hija, y con desfallecida voz dijo á su marido:

Dime, Arturo mio, ¿qué nombre vas á ponerle? á fin de que pueda reconocerlo al escucharlo en el cielo.

Y el desventurado capitán, con los ojos llenos de lágrimas y con voz entrecortada por los sollozos, contesté á la moribunda.

—Llamaré á nuestra hija, Bibiana, este fué el nombre de mi madre.

Prométeme amarla mucho, y que.

Y la moribunda no pudo continuar; apagósele la voz en la garganta y con una sonrisa de amor y cariño en sus labios, dejó de existir, sin apartar sus ya enturbiados ojos de los de su esposo.

Aquella misma tarde y mientras la joven esposa yacia tendida en el lecho de muerte y la recién nacida clamaba en llanto por su madre, ocurrió un terrible encuentro entre las fuerzas enemigas. El regimiento de Wilton, que á la sazón se hallaba acampado en Galenza, pueblo donde ocurrió la triste escena de la muerte de Margarita, fué ll mado con urgencia.

La batalla fué terrible, y el regimiento de Wilton fué el primero que tomó parte en la refriega. Tan rudo fué el ataque de las fuerzas liberales, que la facción quedó casi totalmente destruída, encontrándose entre los primeros heridos que cayeron el bravo capitán Wilton. Como siempre, Lester se hallaba al lado de su amigo, y al verlo caer del caballo, lo cogió entre sus brazos y tendiéndolo sobre la hierba, aun caliente por los rayos del sol que acababa de ocultarse, empezó á prodigarle todo género de cuidados con verdadera solicitud y cariño.

—¡Ah! mi querido amigo, stoy herido de muerte, dijo el capitán al reconocer á Lester. Si alguna vez llega usted á ver á don Carlos, digale cómo muere un soldado por su causa; luego, extendiendo la mano á su camarada, con acento cada vez más débil á causa de la sangre que perdia por su herida, continuó diciéndole:

- Ya sabe usted que esta mañana murió mi esposa. Tengo una hija... ¿Quiere usted ser su padre, querido amigo?

—¡Vive el cielo! exclamó el coronel casi sin poder hablar, pues la emoción lo embargaba; juro á usted por mi honor, que la adoptaré y la amaré como si fuera hija mia.

El moribundo le dirigió una mirada llena de gratitud, y pronunciando repetidas veces el nombre de Margarita, tan querido para él, exhaló el último suspiro.

Mientras tanto, por todas partes se hacian oir las cornetas to ando retirada, y tan precipitada fué ésta que el coronel no pudo recoger entonces el cadáver de s amigo; deber que cumplió al dia siguiente, dándole cristiana sepultura junto con el de la esposa en el pequeño cementerio de Galenza.

Imposible seria decir cómo quedó el ánimo del coronel. En la fiebre, en el aturdimiento que siguieron á desgracias tan impensadas, no reflexionaba, entregándose por completo al dolor que causaban en su alma.

¡Te consideraré como si realmente fueras mi hija! decia contemplando á la recién nacida, y juro que velaré por ti mientras vivas!

Muchos dias pasaron antes que Lester recobrara la calma; sin embargo, como urgi resolver, alquiló una casa en el mis o pueblo de Galenza, donde instaló á la huerfanita, al cuidado de una nodriza, en tanto que llegara el dia en que pensaba regresa á Ing aterra.

Los deberes del servicio reclamaron otra vez al coronel la ruda vida de campaña, hiciéronle olvidar en parte el triste fin de su amigo el capitán, y siempre que pensaba escribir á su esposa la triste historia y el juramento que hiciera de adoptar á la hija del difunto Wilton, lo aplazaba por temor de entristecerse.

Más tarde, una bala enemiga puso en peligro su existencia. Los médicos al principio creyeron que la herida era mortal, pero luego declararon que la amputación del brazo herido podria salvarlo. El coronel escuchó su sentencia y vió qu todo habia terminado para él. ¡No más aventuras! ¡no más viajes! ¡no más combates en las alegres colinas de la risueña España! exclamaba, al mismo tiempo que dos lágrimas brotaban de sus ojos.

Dos dias después y mientras los médicos practicaban la dolorosa operación, decía el soldado:

—Mi amigo y camarada Wilton dió su vida por su caudillo. ¡Cómo puedo yo quejarme, no sacrificando por él, más que un brazo! y una triste sonrisa apareció en os labios del valeroso militar.

CAPITULO XIII

Durante la convalescencia de a penosa operación, Lester pensó varias veces escribir á su esposa; sin embargo, siempre aplazaba para la carta siguiente el relato de la triste historia de su amigo Wilton hasta que un ia se dijo á si mismo:

—Se la contaré cuando la vea, después de todo, este relato la entristecerá mucho; refiriéndoselo de palabra podré consolarla al mismo tiempo.

Repuesto casi por completo, y por consejo de los médicos, emprendió el coronel un largo viaje por España llevando consigo á la nodriza con la huerfanita. Mucho sufria Lester con la presencia de aquella niña,



Variedades

Observaciones Científicas

COSTUMBRES PELIGROSAS

El hombre es el peor enemigo de sí mismo; mientras apunta sus armas contra las personas y las cosas que le perjudican, agrediendo ó defendiéndose más ó menos bien, no sabe alzar un sólo dedo en presencia del mal que inconscientemente ó por ignorancia se busca á si mismo con sus cautivadoras costumbres.

Entre éstas hay algunas que día por día, hora por hora, le minan la existencia. Y lo singular es que el hombre no solamente no las combate, sinó que parece que hasta las acaricia con cierta voluptuosidad. Cuando no es la muerte, son las miserias de la salud, los achaques, los disturbios que amargan la vida.

Citaremos algunas de estas costumbres, aparentemente inocentes y, en realidad, terriblemente dañosas.

Por ejemplo: hay muchas personas que, bien por fuerza fisiológica ó bien por ignorancia, respiran más con la boca que con la nariz. Pues bien: dada una vida que pudiera llegar comodamente á los 70 años, con tal costumbre disminuirá por lo menos 10 años, y, además, están expuestas á contraer afecciones pulmonares, que abrevian todavía más el plazo.

Es absolutamente necesario respirar exclusivamente ó tanto como posible sea, por la nariz, que es el gran filtro higiénico del aire, deteniendo los gérmenes patógenos que, de otro modo, encuentran cómoda la vía de la boca para entrar en el organismo. Pero esto es el peligro menor. Respirando habitualmente por la boca, no se hace entrar sino la mitad del oxígeno necesario á la buena salud, la parte inferior de los pulmones no recibe aliento, y sucede entonces que se debilitan, se atrofian, y la salud se va definitivamente.

Todavía más: no se experimenta al despertarse por la mañana, una flojera invencible, un cansancio peor que el de la víspera? Esto es, en la mayor parte de los casos, el resultado de haber dormido con la boca abierta. Millares y millares de personas se acortan la existencia á causa de estas funestas costumbres, que, no obstante, con una poca de voluntad y de paciencia, se pueden vencer.

Otra pésima costumbre es la que tienen, especialmente los viejos, de humedecerse á cada momento los labios con la lengua. A causa de esto, los labios se hacen cada vez más áridos; los nervios de los mismos vuélvense extremadamente sensibles, y la epidermis se resquebrajará al menor soplo del aire frío. Si, por desgracia, en la familia de estos individuos fuese hereditario el cáncer, éste encontrará un terreno favorabilísimo.

Muchos tienen la costumbre, proveniente tal vez de un «tic» nervioso, de mover frecuentemente las cejas, por supuesto sin una causa inmediata y determinante. Es una costumbre que se necesita vencer los más pronto posible, porque de lo contrario, traerá un gravísimo deterioro en la vista. Los músculos de los párpados se desarrollan considerablemente, y la irritación, operando sobre los nervios ópticos, cada día debilita más y más los órganos de la vista. El batir naturalmente los párpados, es cosa necesaria para humedecer el ojo; una persona sin la manía de batirlos, los bate cerca de veinte veces por minuto; un nervioso llega hasta cien. El remedio contra tal costumbre consiste en tener los ojos cerrados, por diez minutos cada hora, humedeciendo los párpados con agua tibia.

Algunos hay que soplan por la nariz frecuentemente y sin necesidad; es un «tic» nervioso como otro cualquiera, que es indispensable vencer, pues es dañosísimo para los nervios y membranas nasales. Consecuencia segura y no lejana, un catarro nasal crónico.

Otra pésima costumbre es la de pulirse los dientes con palillos. Durante algún tiempo parece no tener consecuencias, pero llega, y no muy tarde, el momento que es indispensable ir á visitar al dentista, en tanto que sin el uso de los palillos, muy probablemente no habría tal necesidad. El frotamiento del cepillo, tarde ó temprano ataca el esmalte, que es la defensa única de estos treinta y dos inquilinos de la boca. Si un pedazo de palillo queda entre diente y diente, es fuerza sacarlo por la «fuerza», y es inútil decir lo que esto perjudica á la dentadura. Y como la masticación es la primera operación de la digestión, resulta que se tendrá un recurso menos. Lo mejor es limpiarse con un cepillo, lo más suave, y con polvos bien tamizados ausentes de sustancias nocivas, ó bien con alguna pasta.




AÑO VII — LA ALBORADA — NUM. 256

PERIÓDICO ILUSTRADO

SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

DIRECTOR: ARTURO SALOM — REDACTOR: CARLOS F. MUÑOZ — DIBUJANTE: JOSÉ OLIVELLA — ADMINISTRADOR: AGUSTIN SALOM

Oficinas: Daymán, 52 — Montevideo, febrero 8 de 1903 — Suscripción anual adelantada: $ 5

EN EL HOTEL DE LOS POCITOS--Las familias argentinas



Año á año, y aprovechando la estación veraniega, un grupo de distinguidas familias de la vecina orilla acuden á Montevideo á disfrutar de las delicias de nuestras aguas, que si bien no reúnen las propiedades de las de Lourdes, sus curvas juguetonas é inquietas atraen de una manera invencible. «Los Pocitos», ese pueblo nuevo y afortunado mimado de toda nuestra aristocracia es el punto donde se sitúan las damas porteñas, abandonando por completo las delicias de Ramírez, á la que sólo de cuando en cuando dirigen sus miradas desde el maderamen de un tren expreso.

Un consecuente colaborador nuestro que se oculta bajo el pseudónimo de «Captain», nos ha enviado galantemente la fotografía que insertamos, en la que aparecen, acompañadas de conocidas señoritas de nuestra sociedad, las familias argentinas que actualmente veranean en los Pocitos. Forman dicho grupo las señoras Tuly Roosen de Vidal y Matilde Testaseca de Guerra; señoritas Alcira Rocha, Julieta O'Connor, Alicia O'Connor, Sara Brachp, Amelia Buano, Plácida Serratosa, Luisa Valdez, María del Pilar Howard, Enriqueta Estrázulas, María Carlota Díaz, María Josefina Gómez, Elena Santa Marina; y las niñas María Angélica Villegas y María Margarita Díaz.

El asunto de la "María Madre"

Ha sido solucionado de una manera satisfactoria, el incidente que el capitán Ballestrino provocó injustamente contra el superior gobierno. Gracias á la oportuna intervención de nuestro ministro en la Argentina, señor Daniel Muñoz, el asunto quedó pacíficamente terminado, procediéndose el lunes de la corriente semana á la entrega de la barca, previo inventario hecho por nuestras autoridades marítimas. El vicecónsul señor De Feo, acompañado de sus súbditos italianos, se hizo cargo de la «María Madre», desembarcando inmediatamente los marineros uruguayos que la custodiaban.

La actitud correcta observada por el señor Gustavo R. Garzón, receptor interino de las aduanas de Paysandú, le ha valido del Ejecutivo numerosas y justicieras felicitaciones.



La «María Madre»

Por nuestras playas



Ramírez.—En el puente

Nuestro movimiento social se concentra casi todo en nuestras playas. Pocitos de noche, Ramírez de tarde, atraen todos los días de la estación de verano, lo más selecto, lo más distinguido de nuestras familias y una parte bastante considerable de la sociedad porteña, esa sociedad emigradora argentina, que en cuanto llegan los calores huye de la Cosmópolis americana hacia las playas de Mar del Plata y de Montevideo. Nosotros, sobre todo, y esto nos halaga grandemente, somos todos los años los más preferidos de nuestros suntuosos vecinos, que á pesar de todos los pesares, tienen que reconocer que nuestras playas y nuestro ambiente reunen más atractivos que sus costas veraniegas. Y ahí va el por qué de los mayores atractivos. Nuestro clima, un clima de Mediodía, tibio, casi siempre bonancible, sin grandes calores, con una tierra de panoramas alegres, donde todo agrada, encanta, con balnearios cómodos tendidos sobre playas que ofrecen unas aguas saludables dulcemente salinas, y después de todo, y esto quizás sea una gran parte de su atractivo, lo barato que somos. Por una bicoca, se puede decir, se soportan los tres meses de canícula en una vida de placer, agradable, feliz, mientras que estas mismas lindezas cuestan un ojo de la cara en el rumboso Mar del Plata. Verdaderamente, sin pedantería alguna, podemos decir que nuestra pequeña tierra es lo que siempre se ha dicho de ella por todo extranjero que ha llegado hasta nuestro suelo: «una tacita de plata».

En Pocitos, en las noches de concierto, nuestras mujeres más lindas y de más distinción, acuden en número incalculable á pasear sus encantos por la amplia *terrasse* que baña sus patas escuálidas de gran araña mar adentro, á dejarse acariciar por la brisa blanda de las noches tranquilas y por las miradas deseadoras de la gente joven que las contempla con la admiración reverente de una exposición de estrellas, de joyas, de reliquias... Y mientras se hablan en un lenguaje cariñoso, las armonías de la orquesta de arriba con las armonías de canción entristecida de las aguas de abajo, se forman en el puente amenos corros sociales, que se anudan, se estrechan con frases galantes, con comentarios fáciles, con sutilezas amorosas y sugestivas miradas.

Llega la hora de partida y el ambiente se resiente de las malditas horas que les destruye prosaicamente con su aviso, todos los castillos magníficos levantados en aquel bendito pedazo de playa bondadosa...

Lo mismo pasa en Ramírez por las tardes. A pleno sol de ocaso, los puentes amplios toman un aspecto de fiesta.

Aquí es donde se da á las reuniones un carácter más general, más reflectorio de la vida de la ciudad cercana, que se ve asomar como una silenciosa husmeadora, por las torres abundantes de sus templos y los miradores de sus palacios. Quizás esto sea por la facilidad de trasbordarse por dos vintenes, con toda clase de tapetes, con todo cuanto asunto de hablilla exista en la crónica del día, sin una molestia, con las mayores integridades. Se habla de amores, de fiestas, de sucesos sociales; se critica, se chismorrea, se hacen extrañas reflexiones de política, se pronostica sobre los candidatos á la silla grande, como si se estuviera frente al redondel *sportivo*.

Gente de pro, respetable, con canas peinadas ó calvas precoces y severas, toda gente del foro, de las aulas, del congreso, de la banca, se dejan escuchar y admirar sentados gravemente en los bancos de los puentes, mientras nuestras niñas, nuestra juventud blanca y color de rosa, coquetea en medio de sonrisas y charloteos, con los galanes timoratos y los



Ramírez.—En el puente

rondadores de oficio. ¡Qué bien se está allí! Y junto á la orilla, pegados al último doblez de las olas gemebundas, sobre la arena blanca, el mundo menudo, el mundo de la inocencia, el mundo que no vive en este mundo y que sólo ahora sabe hacer montañas de arena y pequeños manantiales... Allí se abandonan á lo que son, se expansionan, aprenden á ser felices, revolcándose en la arena cosquillosa y estropeadora del arte de las cintas y los vestidos nuevecitos.

Parece una romería de muñecas parlanchinas y andadoras.

Y ante tanta felicidad de puentes abajo, que es una burla sincera de la felicidad de puentes arriba, hay algunos *mayores* que se tientan y se mezclan democráticamente á los *menores*, sentados en plena arena fresca y blanda... Y nosotros que siempre observamos para nuestro mal las cosas de la vida, solemos sorprender á alguno ó alguna, en una larga actitud contemplativa de todo aquel archipiélago de montañas que se derrumban solas, toda aquella bandada de alegres constructores de castillos de arena...

En los días de fiesta, jueves y domingo, Ramírez toma el aspecto de una feria colgante, suspendida, si puede decirse, donde se encuentra otro ambiente distinto al de los demás días. Hay



El general Justino Muniz en la «terrasse» de Ramírez



Capurro.—Baños de señoras

más desorden, más bullicio, menos selección, más democracia. Los matices están más prodigados, la gente es más numerosa aunque «más barata»... Son los días populares... Acude todo el mundo, todas las escalas sociales, la gente que trabaja, la aristocracia del comercio menudo... La *terrasse* se atesta, se completa, el tránsito se hace imposible, y en vez de tomarse aire puro, de gozar el aliento marino, se toman estrujones y alientos de una gama que desfallece los mejores humores de fiesta.

Como todas las modas, Ramírez será dentro de poco, y casi lo es ya, la playa favorita de nuestra *crême* social, tanto de día como de noche. Pocitos lo fué en un tiempo y Ramírez sólo era un eco de aquella playa, donde se reunían las clases secundarias que también deseaban el disfrute de las bondades del mar. Pero, poco á poco, esas diferencias fueron desapareciendo y la popular Ramírez se enriqueció, adquirió más brillo, con las familias desertadas de la otra playa, todo lo espléndida que se quiera, pero muy distante y muy cara para tomarla para paseo cuotidiano. Y mientras que Pocitos entraba en una declara dabancarrota, hasta con el éxodo desconsolador de los que veraneaban en sus dominios desde tiempos que ya se olvidan, Ramírez toma proporciones, se embellece y atrae irresistible como una coqueta triunfadora.

Las costumbres sociales pasan, como todo lo que tiene el sello del capricho de la moda, y con ella los recuer-



Ramírez.—El columpio

dos cada vez más deliciosos de los que gozaron en sus reuniones estivales de felicidades que no vuelven, que se van para siempre, como los años, como la vida, como todo... Los kaleidoscopios mundanos pasan con el vértigo de los antojos humanos, y lo que ayer era un placer favorito, hoy si son apenas lejanas remembranzas de unos cuantos que gozaron cariños que tratan de guardar con el recuerdo, pero que, como todo, desaparecen para siempre, borrados por la sucesión de nuevas sensaciones y nuevas cosas.



Ramírez.—Jugando en la arena

Hoy Ramírez es todo: allí se concentra nuestra vida social entera, allí palpita ahora en toda su amplitud nuestro delicado pulmón social en un inacabable deseo de oxígenos puros, de frescuras refrigerantes que quiten la molicie y aburrimiento que se posesiona de Montevideo envuelto en los vahos de la canícula.

Es verdad que aún no se han desterrado por completo las preocupaciones de clase, que aún la *élite* tiene días para sus solaces y la *demi-élite* tiene los suyos, los días de fiesta. Pero nosotros somos tan *chicos*, nosotros somos tan pocos, que estas diferencias concluirán por desaparecer completamente. La constitución heterogénea de nuestra sociedad, sus pocos años, y nuestra institución determinadamente democrática, hará que eso que prevemos llegue á ser, y no dentro de mucho, cuestión de años...

Capurro.—Haciendo hoyitos

En estos últimos tiempos, Pocitos ha entrado en una franca desgracia. El tiempo, ahogador de voluntades, que nos maneja á su antojo como pobres chiquillos, se ha entretenido en destruir las ya pálidas reuniones de los jueves y domingos por la noche. Varias han sido las veces que en lo más ameno de la fiesta, prestigiada por los acordes de una buena música, las furias altas se desatan y aguan las veladas con copiosos chaparrones. Después, las familias porteñas que se han ido como todos los años á veranear á Pocitos, efectúan frecuentes expediciones á Ramírez, para mal de aquella playa y contentamiento de esta otra, que se alegra más, se hace más deliciosa.

Y nuestras familias y las porteñas forman corros risoteros, bulliciosos, en una *causserie* viviente, que no decae.

Para concluir de una vez la ilusión de las ferias al aire libre, invade toda la playa una eterna música rezongona que repite siempre el mismo gruñido armónico, una misma cantilena: el *Carroussell*, «los caballitos» á vapor.

Las interesantes fotografías que acompañan á estas líneas fueron tomadas por expertos fotógrafos, quienes estuvieron felicísimos en la elección del momento apropiado para obtenerlas.

Ramírez.—El *carroussell*

Rosa blanca

Yo te quiero cantar, pensativa,
yo te quiero cantar, luminosa,
la canción de las blancas quimeras
que tiembla en la guzla de azules estrofas.
Yo te quiero cantar, siciliana,
yo te quiero cantar, soñadora,
la canción de los lirios nevados,
las níveas blancuras del mármol de Jonia.

Impoluto fulgor de alabastro
que disipa en mi cielo las sombras,
divinal mariposa de seda
jugando en el cáliz gentil de las rosas:
yo te quiero cantar los idilios
de las tiernas y castas palomas,
cuando el triste crepúsculo espira
luciendo su triunfo de gala pomposa.

Te diré de la lívida luna
las dolientes y mudas congojas,
cuando vuelca del cielo su estuche
cual diáfana lluvia de pálidas joyas;
te diré la canción del arroyo,
lo que dicen de tí las alondras
que en tu granja imperial se avecinan,
forjando su alcázar de amor en la fronda.

Te diré lo que piensan los cisnes
cuando, igual que una góndola, turban
esa linfa durmiente del lago,
soberbia esmeralda que regia fulgura;
te diré los poemas del alba
que en Oriente aparece, desnuda,
como Venus surgió de las aguas
rasgando cendales de nítida espuma.

Te diré de las nieblas polares
la sutil vaguedad misteriosa;
del amor tropical las ardientes
caricias intensas, sublimes y locas...
Tejeré con perfumes de rimas
la simbólica flor de las novias
y serás en mi patria, el Ensueño,
la olímpica musa del Arte señora...!

José López de Maturana.

La Avenida á "Los Pocitos"

Este dinero habrá sido enterrado por los españoles. ¡Que tiempos bárbaros aquellos!

El perro del mendigo.—La caridad del pobre

Nuestro carruaje rodaba por el camino de.... Sintiéndose fatigada mi amada, se había apoyado en mí, y los grandes rizos de sus negros cabellos que el viento de la mañana hacía ondear, venían á acariciar mi frente.

Muy luego un vapor brillante, iluminando el horizonte, anunció la llegada de la aurora; las cumbres de las montañas se tiñeron de un matiz de púrpura, y los dorados rayos del sol de mayo disiparon la neblina que aún extendía su ligero velo por la llanura.

Asistía al despertar de la naturaleza; estaba sumergido en no sé qué vago éxtasis; mi alma estaba en la alegría; no sabía explicar esa plenitud de felicidad, ese ensanche del corazón que predispone á las más dulces sensaciones, á las acciones más tiernas.

Un pobre viejo y su perro se acercaron y levantaron la cabeza con aire suplicante é inquieto, tendiendo uno su sombrero y el otro su taza de hoja de lata.



Mi amada me previno y poniendo delicadamente el pulgar y el índice en una bolsita de seda, sacó una moneda que echó en el sombrero del pobre viejo, acompañando su limosna con una de esas sonrisas que parecen decir á los desgraciados: «perdonádme el bien que os hago.»

El pobre la comprendió y su mirada reconocida decía: «Bendita seas tú, hermosa joven; que tu felicidad se prolongue, que tus goces duren largos años!».... Ella entendió también la mirada del anciano, pues su suave mano estrechó la mía.

El pobre y su perro fueron á sentarse en un banco de piedra al lado de un soldado que tenía también un perro; pero no viejo como el otro, sino joven, altivo y que miraba con severidad á los transeuntes.

El soldado, extenuado de fatiga, se había descargado de sus armas y compartía el frugal desayuno con su compañero de viaje.

Un ruido sordo, lejano al principio, se hizo perceptible; vimos llegar un lujoso carruaje precedido por un correo que pedía á gritos caballos para el Duque.

No había caballos; el Duque esperó como nosotros.

Eché una mirada á su elegante carruaje. Contenía un hombre jóven todavía y una mujer hermosísima; pero en sus facciones contraídas, en la expresión de sus semblantes ví que disputaban con actividad y arrebato. Muy luego el Duque volvió la espalda á su compañera y sacó la cabeza por la portezuela.

El pobre y su perro se aproximaron entonces, con temor y desconfianza, implorando la piedad del Monseñor, y no recibieron sino una respuesta brutal y humillante: una lágrima brilló en los ojos del anciano, que lentamente volvió á sentarse en su banco de piedra.

Se cambiaron caballos; los sirvientes del gran señor habían arrojado debajo del carruaje algunos restos de su expléndido desayuno; los perros del pobre y del soldado se precipitaron encima, los caballos partieron... uno de los perros fué aplastado.... ¡era el del pobre! Lanzó un grito, y la última mirada fué para su amo, que arrodillado cerca de él, no podía hallar una lágrima.

—Tomad, buen hombre—le dijo mi amada—.... y dos monedas rodaron á su lado; no les prestó atención.... contemplando á su perro.

El soldado lloraba y parecía indeciso; en fin, pareciendo hacer un esfuerzo sobre sí mismo, se acercó bruscamente al anciano, poniéndole en la mano la cuerda que ataba su perro, y le dijo:

—Tomad, buen viejo, os dejo á mi pobre Héctor.... ¡Adiós!

Y enjugando sus ojos con el revés de su mano, acariciaba á su nuevo compañero.

Mi amada me dijo:

—Ese soldado es más afortunado que nosotros, ha dado un amigo á ese infortunado...., nosotros no hemos podido ofrecerle más que dinero....

Nuestros caballos llegaron y partimos.

León TOLSTOI.

Sociedad "Buen Apetito"



La sociedad y los invitados

Hace algunos días esta simpática sociedad, en cuyo seno se han congregado dignos émulos del romano Gargantúa, inauguró la temporada de 1903 con un animado cuanto entretenido almuerzo, celebrado en un amplio local de los alrededores de Villa Colón.

A las primeras horas de la mañana, varios vehículos ligeramente adornados se dirigieron al paraje indicado, llevando á su bordo una preciosa carga femenina que contribuyó, como es lógico



El almuerzo — *Insts. de Ramón Blanco, Uruguay 359*

suponerlo, á dar mayor realce á la fiesta que se realizaba. A las doce del día fué servido un opíparo y bien condimentado almuerzo, al que todos rindieron su tributo con el fervor que era de esperarse, dado el significativo nombre con que la sociedad ha sido bautizada.

Terminado el almuerzo se dió principio á un democrático baile, para el cual había sido llevada expresamente una orquesta formada por diez profesores. Nuestro colaborador artístico, Ramón Blanco, que tuvo que luchar con los inconvenientes de un día lluvioso, sólo logró sacar, á pesar de sus esfuerzos, las vistas que publicamos, en las cuales, como consecuencia de la poca luz, no aparece gran parte de la concurrencia.

Un hombre progresista

En una visita hecha hace muy poco tiempo á la redacción de este semanario, tuvimos el agrado de conocer y tratar al señor Juan P. Fernández, un viejo criollo de buena cepa, de carácter campechano, conservado puro á través de la inmigración extranjera, que, para desconsuelo nuestro, invadiéndolo todo, y hace perder el purismo nacional.

En Cerro Colorado, paraje donde está radicado el señor Fernández, sus obras bienhechoras son de todos conocidas



Juan P. Fernández

y el pobrerío de las inmediaciones ve en él un padre cariñoso que derrama sus dádivas con generosidad.

Hecho á la vida del campo, donde ha adquirido un buen caudal de conocimientos prácticos, es un elemento de valía en el que siempre encuentra eco toda idea de adelanto y de progreso.

En su conversación sencilla pero fácil, matizada de ocurrencias oportunas, se revela toda la pureza de su espíritu, formado en el ambiente sano de la campaña.

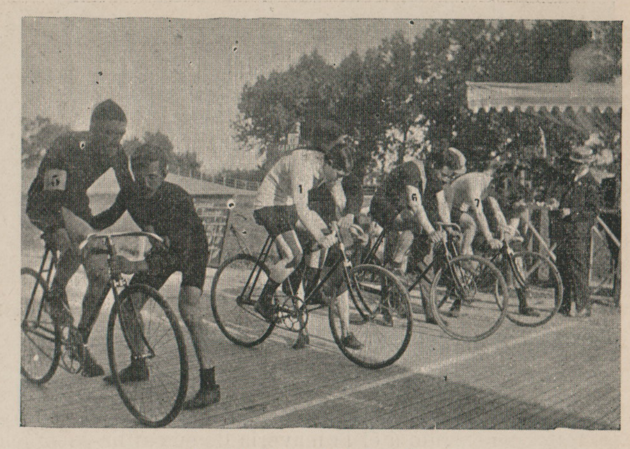
En la fotografía que de él publicamos, tomada en nuestras oficinas, aparece saboreando un mate amargo, compañero inseparable de su vida.

En el Velódromo Nacional

EL PREMIO INTERNACIONAL



Ganador de la carrera internacional



Largada del premio internacional

En nuestro número anterior nos vimos precisados á postergar, por gran exceso de material la información fotográfica de las carreras de bicicletas realizadas el domingo 25 del ppdo. en el Velódromo del Arroyo Seco. Pero, sin embargo, como la fiesta fué un verdadero acontecimiento social que ha dejado gratos recuerdos en todos los concurrentes, ofrecemos hoy los grabados á nuestros lectores, en la creencia de que la demora sufrida quedará compensada con la importancia del asunto. La nota más interesante de la reunión fué la carrera internacional en la que se ofrecía una hermosa copa de plata como premio al que obtuviera el triunfo.

De la vecina orilla vinieron á tomar parte en el *match* los conocidos ciclistas jóvenes A. Pascelli, A. Missaglia, A. Rossi y G. Laes.



La copa de plata

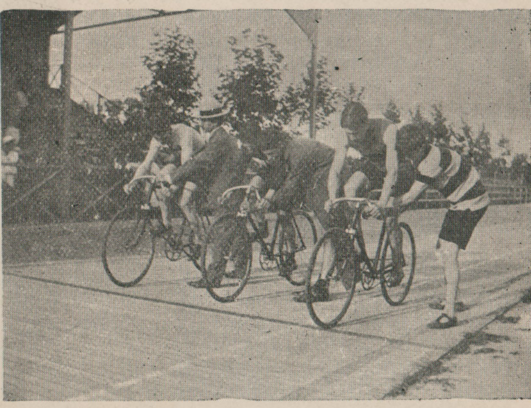
Después de una lucha encarnizada, en la que hicieron poderosos esfuerzos tanto nuestros corredores como los argentinos, llegó triunfante á la raya, en medio de las aclamaciones del público, el *leader* oriental Pico, quien recibió de manos de la comisión de fiestas, la copa ofrecida al ganador.

Sin embargo, esta carrera no es la decisiva, y se correrán otras, probablemente en el mes de Marzo, antes de adjudicar la copa de una manera definitiva.

Nuestras niñas más conocidas asistieron á la fiesta, y el Velódromo, lleno de rostros femeninos, presentaba un aspecto encantador.

Entre las asistentes recordamos á las familias de Algorta, Real de Azúa, Pareja, Rodríguez, Marsenhal, Herrera, Caprario, Alvarez, Avegno, Howard, Montero, Regules, Romeu, Victorica, Ballefín, Salvañach, Brizuela, Morató, Ponce y muchas otras.

Es de desear que se repitan más á menudo estas simpáticas fiestas, que tantos beneficios reportan á la juventud, amante en grado sumo de los ejercicios que fortalecen el físico y educan el espíritu.



Largada de la segunda carrera

Ciclistas argentinos

La fiesta de los practicantes de farmacia

BANQUETE EN COLÓN



Grupo general de los asistentes

El pasado domingo tuvo lugar en una de las galerías del espléndido Parque Giot, el banquete que, solemnizando su segundo aniversario, se daba el Centro Practicantes de Farmacia.

Había concurrido á él la mayoría de sus afiliados con su comisión directiva á la cabeza y acompañados en la fiesta con la presencia de los conocidos farmacéuticos Surraco y Scanavino.

A las dos, más ó menos, de la tarde, los comensales rodearon una bien dispuesta mesa con todo el arte y *confort* de los excelentes servicios. La mayor expansión, la mayor armonía reinó desde los primeros momentos entre los afiliados al Centro, como una evidencia elocuente de la indiscutida organización de esta asociación farmacéutica.

Abrió el acto el presidente don Pedro Leal con un conceptuoso discurso, que fué la voz de *aura!* para los vacíos estómagos que á las dos de la tarde ya se empezaban á resentir con justa razón. Y á medida que dejaban de lado las líneas del menú, escrito en francés inútilmente, la animación crecía, la alegría tomaba proporciones, y con el buen vinillo que mojaba la comida, los cerebros y los ánimos se sintieron fáciles de oratoria y menudearon los discursos. Hubieron muchos, de ocho á diez, todos copiosos, todos expontáneos, todos confortables como el vino bebido y bullentes como el champagne á beberse. En una forma ú otra, más ó menos severa, más ó menos literaria, todos hablaron de sus buenos deseos, de sus esperanzas para el porvenir, de los lauros conquistados, de los lauros á conquistarse.

Hubo frases también de elogio para los señores Surraco y Scanavino que prestigiaban con su presencia la idea social, la unión de todos los dependientes de farmacia. Estos señores contestaron de una manera digna y en la que se notaba el sello de lo sincero, de la voz del corazón, los infinitos elogios que cada uno de los oradores y todos los socios en general, le dedicaron en todas las formas.

Después de que el menú se hubo agotado, los comensales, en la convicción de que se habían «atracado» bien, estuvieran ó no estuvieran los números del banquete bautizados en un ingenioso francés, se esparcieron por el ámplio Parque á gozar del buen ambiente fresco y saturado de flores y alientos de campo.

Redactores de la revista del «Centro Practicantes de Farmacia»

El fotógrafo Ramón Blanco sacó varias vistas de los socios en total en el momento solemne de empuñar tenedores y cuchillos, y repartidos en porciones según las categorías y los cargos que tienen designados parte de sus socios. Entre ellos anda colado también la pobre silueta de un *chico* de la prensa.

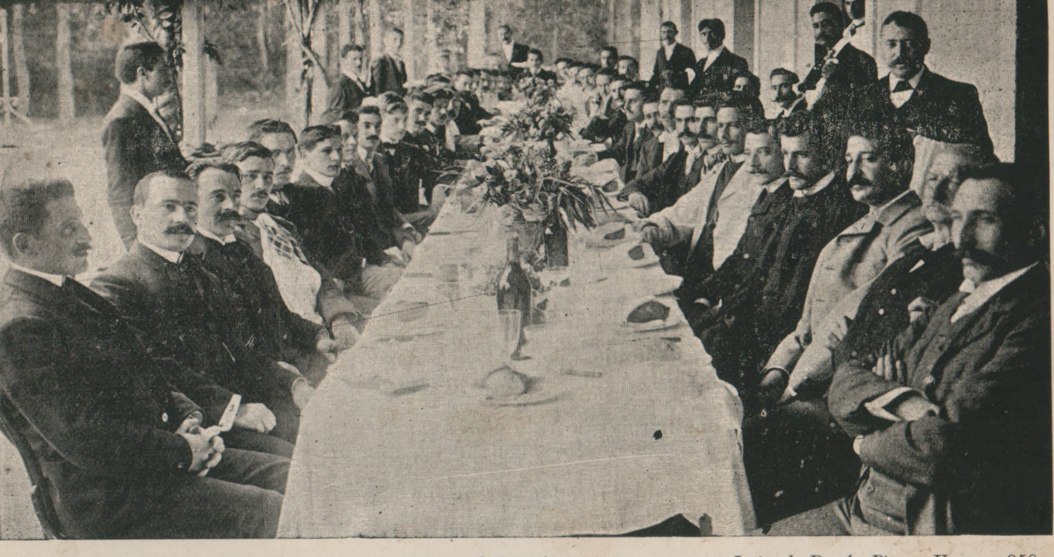
Hicieron uso de la palabra los señores Pedro Leal, José S. Matteo, Ramón Pérez, Luis M. Surraco, Albino D. Polla, Jannicelli, y algunos otros que nuestra memoria no alcanza á recordar.

El activo secretario del Centro, don Claudio Ottati Nadeo, clausuró el acto con un excelente discurso que fué interrumpido en su curso por repetidos aplausos.



Comisión de fiesta

Comisión Directiva del Centro



Grupo de los asistentes

Insts. de Ramón Blanco, Uruguay 359

Al regresar la comitiva, á la ciudad se lanzaron numerosos vivas á la «Revista» que publica el Centro, al señor Presidente del Centro de Practicantes, al señor Matteo, al señor Ottati, á La Alborada, y á su fotógrafo, á Mr. Boron Dubard, apoderado general del Hotel y Parque Giot, que amablemente asistió á la interesante fiesta que se realizaba con motivo de tan fausto acontecimiento.

Un rapto "Art Nouveau"



Es una nota sumamente curiosa la que damos con el adjunto grabado: Un rapto á la última moda, «art nouveau», como decimos en estos tiempos de la furia por lo nuevo. La historieta es sencilla: Mr. Maxime, interno de los hospitales franceses, se hallaba prendado hasta la locura de la señorita Play, nieta de un economista, y toda una monadita de belleza y gracia. Pero los obstáculos que se opusieron á su ventura fueron innumerables. Entonces fué cuando ideó la manera de tenerla á su lado para siempre, y de inmediato la llevó á cabo. Un buen día, en pleno París, con estupefacción de los viandantes que circulaban por cerca al sitio del rapto, Mr. Maxime se descolgó de su automóvil, y en un decir Jesús cargó con la atormentadora de su pensamiento, que en compañía de unas amigas se solazaban por las calles de París agenas á tal contratiempo. Sin mayor resistencia, requerida á un tiempo por los gritos de su madre y los tiernos brazos de su atrevido amante, la señorita de Play optó por los últimos, y colocada en el coche á vapor se perdió á toda marcha calle afuera... calle afuera... entonando la joven pareja, según algunas crónicas parisienses, aquello del «Último chulo»:

El automóvil mamá
A mí me azara,
Porque yo nunca he visto mamá
Cosa más rara... etc.

TERTULIAS DE BOTICA

Cencerrada candilesca

La valiente defensa que hizo mi buen amigo don Jaime Puig Verdaguer de los literatos ecuatorianos Llona, Borja, Cordero, Pallares Arteta, etc., tan grosera y neciamente criticados por don Emilio Bobadilla (Fray Candil) despertó en mí el deseo de ver lo que aquel energúmeno podía dar de sí, y me eché á buscar sus producciones, con el objeto de devolverle la pelota, caso de que lo mereciera.

Lo primero con que he tropezado es con un tomo de versos titulado «Vórtice».

La primera página confieso que me inspiró un gran respeto: habla en ella don José María de Heredia, miembro de la academia Francesa, y dice que los versos de Bobadilla le han *producido un gran deleite*.



Casi y casi cierro el libro y me marcho corrido con la música á otra parte. Pero vaya usted á fiarse de los académicos, aunque sean franceses!

Cobrando valor paso por encima de Heredia, sin hacer caso de su lírico entusiasmo, y me arrojo al *vórtice*, como quien se tira puente abajo.

Pero en qué muladar he caído, por vida mía! Quiero pedir socorro, y sólo puedo exclamar *fo!* con toda la fuerza de mis pulmones *literarios*. Fo! repito, llevando á la nariz el *pañuelo* del buen gusto, y maldiciendo interiormente á José María, que ha puesto la trampa de su nombre y de su título encima de la letrina, para que caigan los incautos.

Del libro se desprende el deletéreo vaho del vicio y envenena la atmósfera de la dulce poesía. Me parece escrito por un sátiro lascivo, con lúbricos ojos de macho cabrío, en presencia de un grupo de impúdicas bacantes.

Más qué hacer! Voy á tomar con un garfio de trapero los guiñapos presentables que guarda en su maleta *literaria* el autor de a *Poetambre Ecuatoriana* y á darles una jabonada; advirtiendo que, por respeto á la decencia, no tocaré, ni con el garfio, á los que llevan las más subidas manchas pornográficas.

Abro el tomo, por donde puede leerse ante el público, y leo:

> Escondido llevamos en el alma
> Nuestro destino próspero ó adverso,
> Como el huevo del pájaro...



Dónde ha visto el señor de la Bobadilla algún pájaro que lleve el huevo escondido en el alma?

Esta debe ser una de las cosas que deleitan á *Monsieur* Heredia, de la *Academie Française*.

Celebra los hechizos de una *Pagana*, en versos sueltos, pero muy malos, y comienza á describirla de arriba para abajo y de abajo para arriba: del seno pasa á la cintura, sube al cuello, se remonta á la nariz, baja á las manos, asciende á la cabellera, y dice cada barbaridad que tiembla el misterio.

Figúrense ustedes, lectores míos, aquí para entre nosotros, que compara la pierna de la Pagana con el tronco de una palma de coco.

¿Y en qué está el parecido? Será por lo zancuda? pensarán ustedes. Yo también creí lo mismo: pero la semejanza estriba en las *suaves curvas* que dız que presenta el tronco de la palma.

¿Qué dice de ésto el señor Heredia? Le deleita?

> Tu cuello altivo, firme y transparente
> Cual columna de pórfido.

El pórfido es un jaspe rojo ó pardo oscuro, y no es transparente. ¿Qué haría una mujer blanca con el cuello rojo? Parecería aquel pajarraco de pescuezo encarnado que llaman el *cóndor papa*.

> En tus pupilas verdes y profundas
> brillan visos metálicos
> Cual de picado mar la superficie
> á los rayos del sol.
> . . . .
>
> Tu nariz aquilina *rompe* airosa
> con blancura eucarística.

Qué es lo que rompe esa nariz? se pregunta uno alarmado. Y replica el poeta:

> La triunfadora comba de tus cejas.

Pero dónde tiene la nariz esa señora de vida alegre! O cuántas narices tiene? Porque dos son las combas ó arcos que forman las cejas; y si cada una de estas combas está rota por la nariz, resulta que la dama tiene dos narices como los perros *bull-dogs*.



Qué mal gusto tiene Fray Candil, y Heredia también! Cómo es posible enamorarse de una mujer que tiene por piernas dos troncos de palma, cuello rojo, ojos verdes, cintura de cantarilla (él dice ánfora etrusca) y dos narices!

Tanto, y quizás mejor, sería ir á requebrar á esos espantajos que ponen los labradores en los campos de arroz para asustar á los pájaros.

Veamos una de las que él llama *fiebres:*

> Como una sombra vivo
> Como una sombra lúgubre,
> Y moriré quizá como una som-
> [bra
> Como una sombra que huye.

Jocoso está esto! Morir como una sombra que huye, es lo mismo que morir como un caballo que corre, ó como un ratón que se escapa. El que muere, señor don Bobadilla, ó mejor dicho, Bobadillo, no puede huir; porque para eso es preciso estar vivo.

Las sinalefas que gasta este bardo calenturiento son holgadas como manga de franciscano. Allá va una de grueso calibre:

> Y hablando de otra cosa, caro amigo,
> ¿No sabes *que he he*redado?

Bonito es el *que he he-re*, aunque mejor hubiera usted escrito *je-je je-je* para invitarnos á reir.

Allá va otra fiebre de 40 grados.

> De analizar la manía
> Me hace sentir con tibieza
> Lo que ardiente ayer sentía,
> Y puede llegar el día,
> *(Como se verá después)*
> Que sienta con la cabeza
> *(Y que escriba con los pies).*

El quinto y el último verso no son de Fray Candil: son míos. Cuando uno se inspira en las obras de los buenos maestros, colabora inconscientemente, como lo he hecho yo, poniéndole *un par al cuarteo*.

Ya salí con un terminacho taurómano, pero no importa: venga ahora la *muleta* y que embista.

Estoy viendo que tiene razón Heredia cuando le dice en francés que posee *des armes de la bonne prose*. He aquí un ejemplo:

«Oh pintor incomparable en cuyas telas vive un pueblo de bufones, de borrachos y de idiotas, de monarcas y de infantes que si aún viven, sólo viven porque tú con tus pinceles magistrales en el lienzo les copiaste para siempre...» (Cojan ese trompo en la uña).

Qué tal la prosa, eh? Pues han de saber ustedes que no es prosa sino versos, en alabanza del pintor Velázquez, dedicados á la señorita Angelina Champlín.

Pobre señorita! Cómo se ha dejado dar gato por liebre! A menos que la composición haya llevado el letrero que ponía aquel pintorzuelo en sus cuadros: éste es perro, éste es gato, &, para evitar equivocaciones.

Ah Bobadilla, Bobadilla! Y tú eres el que criticas y ridiculizas á Llona, á Cordero, á Borja, á nuestros mejores poetas, en lugar de venir á darles betún á sus zapatos!

Bien mereces que te tiren, con candil y todo, á la *espalda* del mar. (El llama espalda, metafóricamente hablando, á la superficie del océano).

Y en cuanto al prologuista Heredia, que se ha prestado á cargar con el muerto, yo recuerdo que en cierta ocasión se dió la falsa noticia de su muerte, y le lloró á lágrima viva la prensa de ambos mundos; pues bien, si entonces no murió, y ahora tampoco, después de su loa á Fray Candil, ya no se muere.

Ustedes saben por qué lo digo.

Y sin más por ahora, hasta el próximo lunes.

JACK THE RIPPER.







Auto-juicio

Tout pour elle, tout pour elle.

Soy poeta si me inspiras con tus mágicas ideas
Y fulgencia si me envuelven las miradas de tus ojos
Que son *sirios* soberanos que con sus chispas febeas
Hacen huir de mi cielo los *nimbus* de los enojos.

Soy pintor cuando el encanto de tu rostro de azucena
Doselado por el fleco del orfebre de tus rizos
Me recuerda las *madonas* de mirada nazarena
Que Murillo ungió en sus telas con ascéticos hechizos.

Soy un músico sublime si repito en tus oídos
Las fantásticas sonatas que me inspiran tus amores
Y escultor de cincel de oro cuando asoman diseñidos
De tu talle los encantos entre el peplo de colores.

Soy piadoso si comulgo en el cáliz purpurino
De la fresa de tus labios del amor el beso ardiente,
Beso ardiente con que sellas como oficiante divino
En la misa de las dichas mi boca de febriciente.

Soy joyero si acaricio la dorada filigrana
Que se forma caprichosa de la red de tus cabellos
Donde el éter luminoso de sus joyeles desgrana
La soberbia pedrería de rarísimos destellos.

Soy sonámbulo en las horas en que los igneos luceros
Me hablan de tus grandes ojos y el aura de tus llamados.
Cuando las aves nocturnas me parecen mensajeros
Que me aportan tus promesas en billetes perfumados.

Soy un ebrio cuando libo de las ricas ambrosías,
De las ricas ambrosías que en tus labios excitantes
Exprimió la diosa Flora, cual en cáliz de alegrías
—Mieles puras y sabrosas de sus vides perfumantes—

Soy florista cuando formo, de la *bluette* de tus ojos,
El jazmín de tu garganta, la gardenia de tu frente,
La amapola de tus labios y tus virgineos sonrojos
La corona con que ciño los ensueños de mi mente.

Soy el triste desterrado cuando pérfidos satanes
En tus lóbregas ausencias envenenan mi alegría.
Soy esclavo si te veo recostada en los divanes
Cual sultana primorosa de mi mágica Turquía.

Soy mimoso adolescente cuando encuentro en tu regazo
Cuna de tiernos amores y de púdicas delicias,
Y me siento prisionero cuando el lazo de tu brazo
Me convida á los halagos de tus férvidas caricias.

Juan José ILLA MORENO.

Montevideo.



O. BAROFFIO

Los sombreros en el teatro



Vamos á divertirnos un rato.



Pero á mi con la uña.



Con este sombrero no puedo ver nada.



Ni siquiera por acá.



Por aquí menos.



Tenga la bondad de sentarse en la silla.—Sáqueme primero este parque de delante.

Amor joven

(Al amigo J. Santiago Espinosa.—Para LA ALBORADA.)

"Era sábado. La cantera estaba casi desierta; las herramientas descansaban en los rincones; los obreros se alejaban con la cabeza inclinada sobre el ancho pecho cubierto de sudor, de ese sudor de bestia que enriquece á los de arriba y empobrece y mata á los de abajo.

Allí, entre trozos de piedras á medio pulir, se quedó Rosendo, el obrero más joven, robusto, hermoso como un Petronio sin refinamientos; de ojos negros y ardientes, y de manos fuertes y musculosas. Su rostro, de piel limpia y fresca, se contraía de vez en cuando, dejando en los extremos de sus labios ligeramente gruesos, alegres arrugas de sonrisas motivadas por una satisfacción íntima: ¡la paga de la semana se la daría, como siempre, á su viejecita, á su madre!..

Era la hora del crepúsculo; la cantera resplandecía incendiada por los destellos últimos de un sol que se iba desangrando por las cumbres de los montes lejanos; y en el aire tibio, cargado de aromas de yerbas tostadas al sol, se extremecía el polen que fecunda á las plantas y que hace reventar los botones de las rosas vírgenes.

Una mujer joven, hermosa, de caderas amplias, de cuerpo espléndidamente formado, de senos, que la tirantez del corpiño de percal rojo dejaba adivinar, erectos, duros, como tallados en mármol de Carrara, penetró en la cantera escudriñando los rincones con sus ojos grandes, negros, profundos, en los cuales se reflejaba una emocionante y honda ternura pasional.

—Vamos . ¿qué haces?—díjole acercándose á Rosendo, que estaba sentado sobre un trozo de piedra ya pulido, con la cabeza inclinada sobre la palma de su mano ancha y fuerte.

—¡Pensaba en mi madre y en ti, Graciela!

Y al decirle esto la miraba con sus ojos negros y ardientes como ascuas, palpitando en aquella mirada la incopiable felicidad del hijo que gasta sus pulmones poderosos en beneficio de aquella á la cual le estrujó los senos, extrayendo de ellos la fecunda virilidad de sus miembros y la no explotada potencia de su cerebro.

Y allí, entre la tenue claridad de la cantera, Rosendo confidencióle á su amada como se magullaba los brazos trabajando para alimentar á su madre y como ésta guardaba todo lo más que podía para cuando se casara con su Graciela; díjole, muy dignamente, que él no malgastaba un solo centavo en la taberna; que mientras su frente exprimía sudores, contemplaba como en ensueños, las visiones de su viejecita y de su novia que le sonreían dulcemente.

Después, muy extremecido, tomó entre las suyas las manos suaves, regordetas de su amada y sus labios rojos, como empapados en sangre viva, se agitaron en dulces promesas de amor; de aquel amor que él sentía en lo íntimo de su alma y en



las entrañas de su carne sana y ardorosa.

Graciela, deliciosamente extremecida, lo contempló con pasión intensa, con el arrobamiento de un deleite infinito; y arrastrándolo hacia el campo, como lo hacía todas las tardes después del trabajo, se lo llevó de la cantera que principiaba á inundarse de sombras

Y momentos después los amantes se perdieron allá, entre los primeros arbustos de ramajes verdes; extremecidos, cuchicheando frases de amor joven, ardiente, fecundo; y el sol, que se iba desangrando por las cumbres de los montes lejanos, los envolvió en una última apoteósis de luz.

SEBASTIÁN SUPÚLVEDA PINTO.
(BLANCA REINA.)

Talca, Noviembre de 1902.

Cándido Bañales—Su entierro

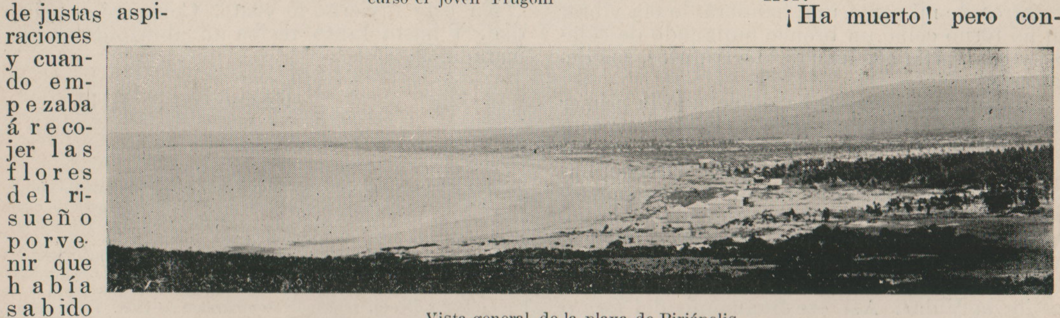


Cándido Bañales

Desgraciadamente no pasa un verano sin que las crónicas de las playas registren una página verdaderamente aterradora. El año pasado vimos desaparecer al malogrado joven Joaquín Aguirre Ponce, y hoy nos toca lamentar la muerte de Cándido Bañales, aventajado estudiante de 4.° año de Medicina, que ha sucumbido ante las furias de las olas de Piriápolis. Sus restos encontrados después de largas y pacientes pesquisas fueron trasladados á Montevideo el miércoles 28 del pasado en el vapor Corsario, á cuyo bordo venían también numerosos amigos de la víctima. En la Capitanía del Puerto se formó una compacta columna constituída en su mayor parte por el elemento estudiantil, que acompañó hasta la última morada al desdichado compañero que ha sucumbido lleno de justas aspiraciones y cuando empezaba á recojer las flores del risueño porvenir que había sabido crearse con su inteligencia y contracción al estudio.

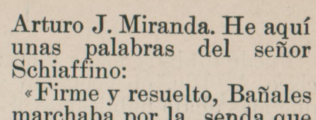


En el Cementerio Central, momentos después de terminar su discurso el joven Frugoni



Vista general de la playa de Piriápolis

Al darse sepultura al cadáver hicieron uso de la palabra los bachilleres Rafael Schiaffino en nombre de los estudiantes de medicina, Emilio Frugoni por los de Derecho, Bernado Larrayoz por los de Matemáticas, Luis M. Otero, por los estudiantes de disección y

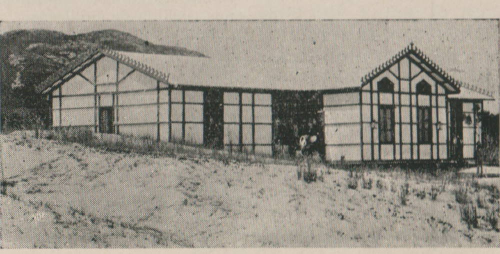


Arturo J. Miranda. He aquí unas palabras del señor Schiaffino:

«Firme y resuelto, Bañales marchaba por la senda que se había trazado, sin vanagloriarse en sus triunfos, ni vacilar ante las dificultades; antes al contrario, al desafiarlas, había clavado en su camino, en la huella de cada obstáculo, la bandera gloriosa de una victoria.

Batallador por herencia y por instinto, amaba el peligro, que siempre sobrepujaba; corazón noble, ponía al servicio de su inteligencia inquieta sus más raras cualidades; consciente de sus fuerzas, esperaba tranquilo un porvenir lisonjero, que había de coronar sus heróicos esfuerzos. . . cuando la muerte implacable vino á deshojar sus ilusiones en flor.

¡Ha muerto! pero conservando hasta el fin su carácter indomable, ha muerto en el peligro, ha muerto batallando con el océano que lo ha vencido, celoso al encontrar un alma más grande que la suya; ha caído como espartano encima de su escudo, rindiendo admiración á su vencedor, que lo dejó en la playa desierta.



Hotel Piriápolis

Una hermosa página

Puede titularse así la vibrante carta de Francisco A. Riu, el poeta de versos broncíneos, que más abajo publicamos. El favorecido, señor Francisco C. Aratta, nos la facilita. Los lectores saborearán la prosa valiente del poeta revolucionario.

La Plata, enero 14 de 1903.

Señor Francisco C. Aratta.

Mi gran camarada:

Su carta ha sido para mí una resurrección literaria: como un ave amiga, ha venido con el viento á rozarme la frente con sus alas, vibrando la armonía de una voz grata para mí.

Estoy en el campo, en plena llanura fatigada de trabajo, pletórica de fecundidades, dominada bajo el brazo robusto de la Agricultura que al sujetar al potro salvaje que llevaba sobre sus ancas el fantasma de la sangre estéril, ha derramado la semilla de oro en todos los regazos de la Naturaleza.

Estoy en el campo, de pie junto al surco abierto como un tajo de combate, descansando el alma y nutriendo el organismo; descansando, tal vez no; porque nosotros abrimos también otros surcos más hondos en las colectividades. La idea es una cuchilla; destroza terrones de sombras y despedaza malezas atávicas. Somos sembradores de cosechas futuras, consignamos el germen de la verdad á las auroras que vendrán... á las catedrales inmensas del Arte que se perfilan en el horizonte como maravillas de otras razas, á los altares de la vida, de la vida sin trabas, sin pecados originales; toda flor, toda música, toda luz...

No crea que le olvidé un momento en mi peregrinación hacia lo nuevo; no; llevaba grabada en el cerebro su gallarda silueta luchadora, sus arranques hombrunos, sus visionarias cabalgatas de fuego hacia las fiestas del Amor; le sentía cerca de mí como una bandera, le oía vibrar en mi torno como un bronce indignado de cóleras y compartía sus luchas, sus triunfos, sus desazones.

En cuanto á *Bronces* he desechado la primer idea respecto al nombre, pero no la otra respecto de su prólogo. Usted tiene que armarme, caballero. Pero *Bronces* era demasiado estrecho; había en él mucha uniformidad de matices, austeridades de tono. Necesitaba algo más amplio, un búcaro más humano para mis flores, un vaso más pródigo para el banquete del Arte y resolví llamar mi libro con el más sugerente de «Versos de la Vida». Así ese fragmento del *Canto del Arrabal* á usted dedicado, es una parte de él, tal vez la más honda en el cauce de sus deas. Otra se llamará: *De Arriba*, y la tercera: *Cantos de la tierra*, por lo cual he venido á inspirarme á estas regiones. Así que *Versos de la Vida* irán á usted terminados para que los selle su pluma como un buril de oro con la efigie del Arte... Ya ve como no claudico.

Versos de la Vida será un salmo de la biblia proletaria, un latido de redenciones oscuras, un aleteo de blusas desplegadas como un tumulto de alas aventureras hacia el azul distante; el canto del martillo, del escoplo y del hacha, la voz del viento, de la tempestad y de la muchedumbre; todo lo que es hambre, olvido y sufrimiento: la vida!...

Será un libro de Arte, lleno de esperanza, de fe. En él cabrán todos mis anhelos y desparramaré mis símbolos. Allí estará la carne fatigada, anónima, desangrada en los asfaltos, bajo el látigo de los verdugos, corrompida en las tabernas, miserable en el antro, soberbia en el día de las reivindicaciones esperadas cuando cruce por el cielo la revolución como una gaviota entre las mañanas oscuras, cuando vibre el clarín con la diana de la vida triunfante... Allí estará la masa sin forma, la legión de los descamisados, los pobres de la gleba, los caídos de las injusticias, esperando el verbo rojo, el sermón de la montaña; llenos de unción, de recogimiento, de fe, prontos á ser consolados, felices, hartos... Y la burguesía? El vampiro del capital con el hocico infame sobre el pecho membrudo del trabajo! La insolencia rastrera, el vicio encumbrado, todo lo que vulgaridad, vicio, sombra, se incrustará en mi libro... ya verá...

Se figurará mis luchas para mi carrera, mis rebeliones entre tanto achatamiento y jesuitismo como tenemos. Preparo mi tesis: *La mujer obrera*. Será un trabajo de aliento, un canto á la madre del futuro, á la fecundidad.

Sabrá el desenlace de la última huelga: los temores ridículos de un gobierno que manda las bayonetas del pueblo á afianzar el edificio capitalístico. Sabrá algo de la ley de residencia; un sarcasmo y una barbaridad constitucional: de las persecuciones, de las amenazas para los predicadores del evangelio social. Todo es inútil; la revolución está en marcha y las ideas no se detienen.

Escríbame y sea nuestra aquella frase célebre de un poeta español, que al volver á su cátedra después de una prisión larga empezó su conferencia con estas palabras: «Como decíamos ayer». Sigamos nosotros también como hasta ayer pulsando al unísono nuestros sentimientos en pro de los grandes ideales.

En este invierno lo visito. Conoceré esa ciudad. Y hasta tanto reciba un abrazo de su camarada.

FRANCISCO A. RIU.

NOTA—Quiero dar á la publicidad esta carta, vibrante de amor por los grandes ideales, del inspirado poeta. Su promesa de que *Versos de la Vida* será una obra de infinito sentimiento por la clase proletaria y al mismo tiempo una ánfora de oro, dibujada y modelada por las manos de un artista excelso, será mantenida.

Dentro de poco se graduará Riu de abogado, á los veintidós años apenas cumplidos! Y esa tesis valiente que presentará sobre *La mujer obrera*, será todo su programa de vida. Tendremos en América un intelectual más que no pondrá la ley como una trampa cazadora de incautos, ni hará de la espada de la justicia una cuchilla de guillotina!

Publico la carta de Riu porque es toda ella una página de sana literatura y porque nosotros no tenemos dos morales, la privada y la pública, no! á través de nuestras conciencias debe verse el drama inmenso de nuestras vidas de combate, de luchas, de caídas y de triunfos, como si fueran de cristal de roca. Pese á los que al salir á la calle se ponen la careta de Tartufo, creyendo que pueden engañar á alguien, todavía! después de la invención de los rayos Roentgen del análisis sociológico que los despoja de la indumentaria brillante y de la carne adiposa, hasta dejarnos ver su esqueleto miserable!

Varios amigos de Riu le preparamos, para cuando nos visite, una recepción digna de tan elevado pensador americano.

FRANCISCO C. ARATTA.

Epístola moral

Para el doctor Matías Alonso Criado.

Adám, las penas que el dolor provocan,—Son los azotes del destino humano—Que á la muerte tan solo nunca tocan.—Si intentas conocer el hondo arcano—Que envuelve la existencia de este mundo,—Fatigarás tus sesos siempre en vano.—Por más que canten tu dolor profundo—Miserias y quebrantos de esta tierra,—Siempre en torno hallarás ceño iracundo.—Cuanto la vida en su dolor encierra,—Misterios son que el hombre no ha podido—Explicar con la duda que le aferra.—El Edén es la cuna en que has nacido;—El Calvario la vida en su carrera,—Y el Tabor es la tumba, Adám querido.—En nuestra vida humana siempre impera—La Esperanza que leda riendo amante,—A veces es verdad y otras quimera.—Si penetrar pudieses como el Dante—En el Infierno, verías los precitos—Maldecir la Esperanza en el instante.—Los que viven cargados de delitos,—Y niegan á la vida la Esperanza,—Son réprobos sin fe, por Dios proscritos.—No quieras tú vivir sin más confianza—Que la que ofrece el mundo en sus amores;—Hay *algo* que en la tierra no se alcanza.—Cuando sientas más crueles tus dolores—Que la llama infernal de la conciencia, — No olvides que está Dios con sus favores.—Un salto es nada más nuestra existencia—De la cuna al sepulcro. ¿Quién podría—Retratar en el lienzo esa evidencia?—Yo quiero, amigo, amar la luz del día;—Quiero gozar mi vida alegremente—Huyendo siempre de la senda impía.—Que viva yo con ánimo paciente,—Que sufra y calle sin perder mi calma,—Con mi mismo dolor indiferente.—Me goce en conseguir que siempre mi alma—Confiando en Dios, sin Norte El siempre sea,—Esperando en el cielo hallar la palma.—Cuanto mi corazón aquí desea,—Quiero obtener en paz y sin dolores.—Sin que jamás en mí la envidia vea.—Si me place gozar dulces amores,—Procure ser amado sin violencia: — Quiero un cielo que viva entre las flores.—El trabajo que sea la sentencia—Que cumpla dócilmente sin fastidio;—Pues sólo así hará bien á mi existencia.—La vida es una lucha. Yo que lidio,—Quiero vivir á todo el mundo amando,—Sin adular á nadie como Ovidio.—No me muestre riendo al que llorando—Está sus penas, que secar podría—Su corazón en su gemir burlando.—Que soy un pecador el alma mía—Recuerde siempre, y nunca me adelante—Para arrojar la piedra injusta é impía. Busque en la vida aquel placer gigante—Que al alma de el sosiego y la ventura,—Que es tener la conciencia en paz constante.—No maltrates jamás



á la criatura—Con la sátira vil del filo hiriente;—Procure edificar con mi dulzura.—Critique en caridad sin ser *mordiente*,—El vicio combatiendo no el vicioso,—Con ira santa, con placer, decente.—Jamás mi dignidad cambie goloso,—Por un vil plato de lentejas, dando—Como Esaú su patrimonio honroso.—Con mi honrada altivez viva cantando—Gratas estrofas de mi lira amada,—A los cielos con himnos salmodiando.—Deje correr la vida, deslizada — Según el curso que le dió el destino,—Sin violentar un punto la jornada.—Yo á comprender la vida sólo atino,—Dejando ser las cosas lo que sean,—Tales cuales las hallo en mi camino.—Cuantas cosas mis ojos turbios vean,—Un nombre las daré, nunca violento,—Que escrito, todos comprendiendo lean.—Claro y noble me agrada el pensamiento;—Lo abstruso en el estilo me *atormenta*;—Quiero leer, meditar sin el *tormento*.—Hay una diosa cuyo amor me alienta,—Que vive en áureo monte encaramada—Y cuyo canto á mi ambición sustenta —Es su nombre *la Gloria*, amiga ansiada,—Que en mis sueños dorados, vaporosa—Se muestra, con laureles coronada.—Yo voy tras ella como mariposa—Que seduce la luz. La fe me guía.—¿No es noble desear su amor de diosa?—Cuando la Duda con la Fe porfía,—¡Hay dulce amigo! la razón humana—Sufre todo el horror de una agonía.—Yo vivo por la Fe. No miro vana—La obra de sus májicos amores;—Y mi razón como hombre estimo sana.—De la vida sus hórridos dolores,—La fe de otro quebrantar pudiera;—Mas la mía, jamás! Amo sus flores!—Para gozar la dicha verdadera,—Sé que es preciso sepultar la vida;—Que la muerte jamás fué una quimera.—Sólo en el cielo se hallará escondida—La felicidad que busco en vano,—Que no hallaré en la tierra adolorida.—Aunque por ser feliz aquí me afano,—Sé que es tan sólo el más laudable empeño—Que puede acariciar el ser humano.—Quiero vivir en paz, gozar de un sueño—Apacible que nunca insomnio alguno—Por el mar de la culpa hunda mi leño.—Mi pan quiero comer, sin que el ayuno—Hipócrita y falaz de los histriones—Mengüe mi bolsa y hambre de consuno.—Esclavo nunca sea en las prisiones—Del magnate señor, que avaro viere—En el pobre la escoria á sus pasiones.—El que ya es digno, ser servil prefiere,—Es ser humano en bestia convertido,—Que la imagen de Dios borrarse quiere.—Al que nunca una lágrima ha vertido,—No le pidas llorando cosa alguna,—Que no sabrá sentir lo que has sentido.—Serás cuan can doliente que á la luna—Algo suplica, como el tierno niño—Que ayer por vez primera vió la cuna.—Muéstrate á todos con el noble

alivio—Que quieren la bondad y el porte grave —De la circunspección y del cariño.—Imita en todo á la canora ave—Que canta libre en la arboleda umbría,—En concierto con Dios y el aura suave.—No olvides que conviene la osadía—En las acciones de la vida humana,—Unida á la prudencia y cortesía.—La hora de la acción nunca es temprana:—En la oportunidad está el secreto—De que la empresa no resulte vana.—No corras muy veloz, ni quedes quieto—Según la causa que tu pie encamina,—Sé águila, ó reptil en monte escueto.—Aquí en el mundo nunca se adivina—Cuando, por qué y á quién será que quiera—La Fortuna pasear en su berlina.—¡Oh cuán triste la vida si pudiera—El hombre ser señor de su destino,—Que al vértigo mortal la condujera!—No hay que culpar jamás al hondo sino—Que mueve á su talante nuestra vida,—Y la enseña su puerta y su camino.—Parte aún de la senda está escondida:—Yo no sé lo que habrá de aquí hasta el puerto;—Sólo sé que mirarla recorrida.—Podré cuando al sepulcro baje muerto.

M. NUÑEZ REGUEIRO.

Los hombres de labor

Debe ser siempre satisfactorio, y en este caso lo es para nosotros, señalar un progreso en nuestros hombres jóvenes, hijos de la labor diaria y paciente, á la que deben la posición que conquistan. En el caso de nuestro presentado, el señor Antonio L. Méndez, se comprueba todo lo que valen la contracción al trabajo y las buenas disposiciones para la lucha comercial. Iniciado en las tareas de esta índole, empleado fundador y por último socio de una conocida tienda de la calle San José y Daymán, se le ve hoy al frente de una nueva casa de liquidaciones que abrió al público el lunes 2 de Febrero, con el título de «Tienda Méndez», situada en la calle Soriano esquina de Arapey. Ella está destinada á fomentar de manera poderosa la competencia entre las de su ramo, competencia beneficiosa siempre para el público. Se trata de un compatriota muy joven aún, que ya se presenta con rasgos propios en el comercio nacional y á quien puede con satisfacción augurársele éxito en sus empresas.



Antonio L. Méndez

Estafeta de "La Alborada"

A. M.—Sus trabajos están en nuestro poder, pero nos vemos precisados á postergarlos por la mucha extensión de aquellos. Mande algo más corto.

A *Yesquero.*—

«Eres superior á Sirio
Y al más brillante lucero»...
Teniendo tan poca chispa
¿Por qué firma usted *Yesquero*?

L. A. Z.—«El nido donde duermen las notas fugitivas—Como en la playa duermen las olas de la mar...»—Y basta ya de sueños, con eso me cautivas—Y temo que al leerte me ponga á dormitar.

Mendigo.—Perdone amigo, no tengo suelto; vale decir, no tengo espacio. A la verdad que no podía usted buscar un pseudónimo más apropiado. Usted tiene el meollo vestido de ropa vieja, todo ya usado, gastado como una moneda antigua, y ¡qué quiere, amigo! á la gente y á nosotros nos gusta ver las cosas vestidas más decentemente, con vestiditos más nuevos. Con que, á otra puerta... y Dios lo ampare.

A. *J.—Chamizo.*—Ya que está usted tan descontenta con la tardanza, ahí va su *primogénita:*

«En una de esas tardes que el alma nunca olvida
Serena y perfumada cuando tu amor oí,
Fué el 24 de Junio, ¿recuerdas mi querido?
¡Qué día tan dichoso, qué fecha tan feliz!»

«Pero ese recuerdo grabado ha quedado
Y nunca de mi mente borrarse puede
Aunque tres años hace, pues fué en el año
De mil ochocientos noventa y nueve.»

Dejate é cantar *silguero*
Que me estás atormentando.

R. S. T.—Su composición casi se *cuela* en nuestras columnas. Le falta poco para ser publicable.

Obras recibidas.—El joven Pedro J. Saralegui acaba de poner en venta en la librería «El Anticuario», unas bonitas tarjetas postales que llevan en el dorso trozos de música conocida. Agradecemos al autor el envío que de dos tarjetas nos ha hecho.

—Acaba de editarse un nuevo libro intitulado «Del Corazón», cuyo autor, el conocido é inteligente joven teniente Roque Tajes, nos ha agraciado con un ejemplar lujosamente encuadernado.

FE DE ERRATAS

En el cuento *Nostalgias* del joven Manuel Medina Betancort se deslizaron, por haberse impuesto la forma ligeramente corregida, algunos errores que variaban el sentido y que hoy deseamos reparar.

Donde dice: Aquel primer pudor del niño,—día, etc., debe decir: Aquel primer pudor del *niñodía*. En el segundo párrafo donde dice: días magníficos *llega* á... debe decir: días magníficos *lleva*. Donde dice: aquel vientecillo que le *llevarías*, etc... debe decir: aquel vientecillo que le *llevaría*... Donde dice: *con sarta de años*, debe decir *con su sarta de años*. Donde dice: *contemos* cosas de la tierra, debe decir: *cantemos*, etc. Además hay algunos otros errores lijeros que el lector habrá podido salvar fácilmente.

Talleres de "EL SIGLO ILUSTRADO", 18 de Julio, 23.—Montevideo

El valioso regalo de "La Alborada"

DIALOGO CALLEJERO

—No has visto el aviso con el cual LA ALBORADA anuncia un regalo trimestral consistente en un cromo á 20 colores?

—Sí, lo he leído, pero no le he hecho caso, porque me parece casi imposible que puedan hacerlo.

—Y sin embargo lo harán, te lo aseguro, porque yo ya he visto los dibujos trazados por Olivella.

—Pues entonces la suscrición viene á salir tirada, motivo por lo cual, dudaba ya del ofrecimiento. Pero en vista de tus afirmaciones, mañana mismo me suscribo á ese periódico, que hablando imparcialmente es el mejor de toda la República.

—Yo siempre he pensado lo mismo, y desde su fundación, hace ya siete años, lo leo con el mayor gusto.

—¿Dónde queda la administración?

—Yo no recuerdo, pero me parece que es en la calle Río Negro ó Daymán, á la altura de Cerro Largo.

—Ah, sí! ya recuerdo, Daymán casi esquina Paysandú, número 52, si mi memoria no me engaña.

—Pues si quieres te acompaño hasta allá, ¿vamos?

—Vamos.

¿SUFRE USTED DE LOS PIES?



Pues la cura no la encontrará en boticas ni droguerías, sino en la lujosa ZAPATERIA XALAMBRI, que es entre todas las de la capital la que confecciona un calzado más cómodo, elegante y sólido, como puede atestiguarlo la numerosa clientela que hace ya veinticinco años se sirve en esa conocida casa.

25 de Mayo 172--Montevideo

NOTA ADMINISTRATIVA

Se ruega encarecidamente á los señores que más abajo se detallan, tengan á bien chancelar sus deudas á la mayor brevedad.

José María Corral—Rivera	$ 27.04
Demetrio Errausquin—Maldonado	» 13.43
Saturnino Mernies—Mercedes	» 9.00
Eustaquio B. Curbelo—San Carlos	» 11.40
Elvira García—Parado	» 9.10
Guillermo Wilson—Rosario Oriental	» 8 64
Francisco M. Sánchez—Minas	» 7.40
Miguel Balvela—Itapebí	» 14.10
Nemesio Ruiz (hijo)—Sauce del Olimar	$ 10 20
Alfredo M. Luc—Estación Cazot	» 7.80
Marcelino Moa—San Fructuoso	» 31.80
Eduardo Cano Aberasturi—Rivera	» 10.80
Pablo C. Godoy—Cerros de la Calera	» 15.40
Vicente Bravo—San José	» 12.30
Gregorio García—San Carlos	» 5.80
Jesús Sosa—Florida	» 7.20

Montevideo, Enero 25 de 1903.

Mueblería y Tapicería

de A. MONTEVERDE y Cía.

Calle 18 de Julio, 203 al 207

Continuación de nuestro catálogo.--Véase la otra página

JUEGOS PARA SALA

Juego sala Luis XVI, tapizado en género fantasía, fileteado en dorado y compuesto de 1 sofá, 2 sillones y 6 sillas	$ 60, 70 y 80
Juego Luis XV de nogal italiano forrado en lampaz de seda	180.00 y 200.00

JUEGOS ESCRITORIOS

1 escritorio 5 cajones, 1 biblioteca, 6 sillas y 1 sillón fijo	$ 40.00
1 escritorio ministro de nogal, 1 biblioteca id., 6 sillas Viena y 1 sillón giratorio	» 66.00
1 escritorio ministro, 1 biblioteca 3 cuerpos, 1 sofá, 2 sillones, 6 sillas, 1 sillón giratorio estilo inglés tapizados en cuero	» 245.00

MUEBLES SUELTOS

1 aparador con mármol y vidriera de m 1.15 de ancho	$ 21.00
1 aparador nogal id. m. (1.20)	» 24 y 26
1 » estilo RENACIMIENTO	» 28 y 35
1 » con rinconeras	» 48.00
Mesas de alas	» 4.50 y 6.00
» colizas de tres tablas	» 14.00 y 16 00
» » 5 tablas	» 19.00
Trinchante con mármol y respaldo	» 22.00 y 24.00
Sillas de esterilla (docena) de	$ 12, 12.50, 16, 20, 25, 30, 35 y 55
Roperos de puertas nogal	$ 19,00
» nogal macizo	» 23,00
» con espejo	» 29.00 y 35.00
» » Renacimiento	» 38.00
Guarda ropa de tea de m. 2	» 28.00
» id con cajones	» 45.00
Camas de 1 plaza de	$ 11, 12, 14, 16 y 19.00
» plaza y 1/2	» 14, 20 y 23
» matrimonio	» 16, 19, 23 y 25.00
Lavatorios con mármol y espejo	$ 12.00
» medianos	» 16.00 y 18.00
grandes	» 23.00
» Renacimiento	» 28.00
Cómodas con mármol	» 18.00 y 21.00
» tocador	» 28.00 y 35.00
» Renacimiento	» 40.00
Mesas de luz con mármol de	» 4.00 y 5.00
» » dos cuerpos	» 6.00
» » con respaldo	» 7.50
Escritorios 5 cajones	$ 11.00 y 13.00
» ministro nogal	» 25.00 y 40.00
Biblioteca con barandilla	» 18.00
» nogal macizo	» 25.00
» grande fina	» 40.00
» tres cuerpos	» 85.00

Casa principal: 18 de Julio, 203

ENTRE DAYMAN Y RIO NEGRO

Fábrica URUGUAY, 328 al 332

ENTRE LA PAZ Y RONDEAU

Depósito: RIO NEGRO, 197

Precios Fijos

A. Monteverde y Cia.

Mueblería y Tapicería	LIBRERÍA AMERICANA
18 DE JULIO, 203 y 205	18 DE JULIO, 203 y 205

Notas para la mujer



¿Qué brazo deben ofrecer los cabaerllos en todas las circunstancias de la vida mundana? ¿el derecho ó el izquierdo? Esta cuestión discuten actualmente las señoras.

En algunos actos solemnes, los más solemnes de la vida, cual son las bodas, se ha visto á novios distinguidísimos dar el brazo izquierdo á las novias.

Es verdad que hubo un tiempo en que estuvo de moda dar el brazo izquierdo, y hay que tener en cuenta que en actos tan trascendentales como el matrimonio, el aturdimiento natural pueda hacer que se dé el brazo izquierdo en vez del derecho.

La costumbre de dar el brazo debe venir de los tiempos caballerescos de la Edad Media. El dar el brazo un caballero á una dama, parece que es para ampararla, para protegerla, para defenderla.

Ahora bien; para defenderla, necesita el brazo derecho, por lo cual debe darla el izquierdo. Pero aquí surge otro conflicto: si el caballero da el brazo izquierdo, la dama no puede utilizar la mano derecha para manejar el abanico, para recogerse el vestido, etc.

Entretanto que el litigio se resuelve, consignemos que la moda de ofrecer el brazo á las señoras para pasar al comedor ha quedado abolida. Las invitadas entran las primeras con la señora de la casa y los hombres detrás. En cambio, se ofrece el brazo al retirarse de la mesa.

¿Que cuál de ellos? Los diestros, el derecho. Los xurdos... el derecho también. Hasta que se establezca jurisprudencia.

La costumbre antigua en los bautismos casi establecía como obligatorio que los padrinos del primer niño fuesen la abuela materna y el abuelo paterno. Al nacer el segundo hijo se invertían los papeles, debiendo ser padrino el abuelo materno y madrina la abuela paterna.

Esta costumbre va desapareciendo, tediéndose á designar padrinos entre gente joven, lo cual es más lògico, aunque priva á los abuelos de un placer legítimo, porque aquéllos tienen una misión que cumplir con el ahijado, y por razón natural, es probable que puedan llenarla mejor personas jóvenes que ancianas, porque deben vivir más tiempo.

Los regalos son según la posición de los padrinos; pero parece obligado que el padrino haga algún regalo, de platería generalmente, á su ahijado, y á la madrina y á la madre los obligados dulces encerrados en un caja de más ó menos gusto y riqueza.

A la nodriza, el regalo debe de ser de dinero.

La madrina ofrece generalmente objeto de *toilette* para uso del recien nacido: cintas, encajes, puntillas, etc.

Si hay *lunch* ó banquete, corre de cuenta de los padres.

Antes se imponía á la criatura el nombre del padrino ó de la madrina. Ahora la elección se le deja á la madre.



Anécdotas y Curiosidades

OPINIONES SOBRE LA MUJER:



La hermosura de las flacas habla á nuestra alma.

La de las gordas á nuestros sentidos.

Las primeras nos ofrecen un amor ideal. Una sublime tontería.

Las segundas un amor positivo. Una felicidad "tangible".

Las primeras son ángeles de fuego.

Las segundas arcángeles de fuego.

Se adora aquéllas.

Se ama á estas.

La flaca es un rayo de luna que llena de dulce claridad nuestra alma.

La gorda un rayo de sol que enardece nuestra sangre.

La primera sueña.

La segunda ...... duerme.

La flaca es nube diáfana, flor delicada: una ilusión.

La gorda es......una mujer.

Si son ustedes " platónicos ", busquen el amor de la primera.

Si en amor son "realistas", busquen el de la segunda.

Las flacas tienen una muerte poética.

—¡Te espero en el cielo!

Las gordas mueren en «prosa». Revientan, si á mano viene, como una bomba. Al exhalar el último supiro, dice así á su amante:

—¡Hasta nunca!

Estoy decidido por las gordas.

Decididísimo.

El amor platónico es el cielo de los tontos.

A los quince años llena nuestra alma.

A los veinte no consigue llenar el vacío de nuestro corazón,

Sin embargo, si hay alguna flaca... romántica y bonita, y que me quiera por lo fino, que alce el dedo, que no soy tan descortés para esquivar sus amores «dicho sea con la modestia que me caracteriza».

***

Las historias de Juan María Cabidoulin

POR JULIO VERNE

dos pedreros, de los que generalmente van armados los balleneros, Si el capitán King enviaba algunas balas de cinco ó seis libras, el capitan Bourcart contestaría en la misma forma.

Encontrábase el *Repton* á unos tres cuartos de milla, cuando el estado del mar se modificó repentinamente, sin cambio alguno en las condiciones atmoféricas. Ni el viento había aumentado, ni el cielo aparecía mas cargado. Ninguna amenazadora nube se levantaba en el horizonte. Calma absoluta en las altas y bajas zonas del espacio. El fenómeno extraordinario que se preparaba debía, en efecto, localizarse en aquella parte del Océano.

Repentinamente y entre horribles mugidos, cuya naturaleza y causa nadie reconoció á bordo del *Saint Enoch*, la mar se agitó violentamente, se cubrió de espuma, se desniveló como si una erupción submarina hubiese conmovido sus últimas profundidades. Sucedía esto precisamente en la parte en que el ballenero inglés se encontraba, mientras que el ballenero francés no experimentaba aún los efectos de aquella inexplicable agitación.

El capitán Bourcart y sus compañeros, sorprendi os, observaban al *Repton*, y lo que vieron cambió su sorpresa en horrible espanto.

El *Repton* se levantó sobre el lomo de gigantesca ola, para desaparecer tras ella. De aquella ola saltaban poderosos chorros de agua, como hubieran podido escapar de los agujeros de los oidos de un gigantesco monstruo, cuya cabeza hubiera estado bajo el navío, y cuya cola golpease el mar á medio cable, ó sea cerca de 100 metros.

Cuando el navío reapareció, estaba en deplorable estado: su arboladura abajo, su aparejo roto, su casco volcado sobre babor y asalto por formidables olas.

Un minuto después, tras rodar una última vez sobre la monstruosa ola, se hundió en los abismos del Pacifico.

El capitán Bourcart, los oficiales y la tripulación lanzaron un grito de horror, estupefactos en presencia de aquel inexplicable y espantoso cataclismo.

¿Habían perecido todos los tripulantes del *Repton*? ¿No habían podido huir algunos en las piraguas? ¿Podría salvarse á algunos de aquellos desventurados antes que llegara la noche?

Olvidóse todo rencor y antipatía....Había que cumplir un deber de humanidad....Se cumpliría.

—¡Al mar las piraguas! ordenó el cápitan Bourcart.

Desde la desaparición del *Repton* apenas habían transcurrido dos minutos, y aún era tiempo de socorrer á los sobrevivientes del naufragio.

Repentinamente, y antes de que las piraguas hubieran sido dispuestas, un choque, no muy rudo se efectuó. El *Saint-Enoch*. levantado siete ú ocho pulgadas por la popa, como si hubiera chocado en un escollo, se inclinó sobre estribor y quedó inmóvil.

XII

RADA

El viento Este, que á las cinco de la tarde sopiaba y del cual el *Repton* habia querido aprovecharse, no se había sostenido. Después de la postura del sol se calmó, y acabó por extinguirse del todo. La agitación de la mar reducíase á un ligero cabrilleo de la superficie. Entonces volvieron las espesas brumas, que hacía cuarenta y ocho horas envolvía aquella parte del Pacífico.

Ya se ha dicho que el *Saint-Enoch* varó en el momento en que se disponía á lanzar al mar sus piraguas. ¿Se trataba de un incidente igual al que había que atribuir la pérdida del *Repton*?

Menos afortunado que el *Saint-Enoch*, ¿el navío ingles se había desfondado al chocar con un escollo? ...

Fuera lo que fuera, aunque no había naufragado, el *Saint Enoch* había varado. Y como á cada instante corría el riesgo de hundirse en el mar, f é imposible emplear las piraguas para acudir en socorro de los marineros ingleses.

La primera impresión de M. Bourcart y de sus compañeros fué el estupor.... ¿A qué causa atribuir la varada del barco? El *Saint-Enoch* apenas había experimentado la acción del ligero viento que se levantó á las cinco de la tarde. Para varar en aquel escollo ¿había sufrido la acción de una corriente, de la que nadie se dió cuenta á bordo?

Existía alli algo inexplicable, y además no era aquél el momento de buscar explicaciones á lo sucedido.

Como se ha dicho, la sacudida había sido muy débil. Pero después de dos golpes, que no desmontaron el timón, el navío recibió una ola enorme. Afortunadamente su arboladura no se quebrantó, y sus gavias y estays resistieron. Sin averías en sus fondos, no parecia estar amenazado de irse á pique, como el *Repton*. Quizás no le faltaban más que algunas pulgadas para encontrar su línea de flotación y salir del escollo.

El choque produjo, como primer resultado, la rotura de las amarras que sujetaban á la ballena, cuyos restos fueron arrastrados por la corriente.

Habia cosa más seria en qué pensar para lamentarse de la pérdida de un centenar de barriles de aceite. El *Saint-Enoch* había varado, y se trataba de sacarle de tan difícil situación.

Después del accidente, el contramaestre Ollive se guardó bien de preguntar nada á Juan aría Cabidoulin. Seguramente que el tonelero hubiera respondido:

—¡Bah!. ¡esto no es más que el comienzo del fin!

M. Bourcart y el segundo conferenciaban en la toldilla.

—¿Pero existen placeres en esta parte del Pacífico?—dijo M. Heurtaux.

—No sé qué pensar respondió monsieur

LA SUSCRICIÓN ANUAL
ADELANTADA DE LA ALBORADA

Vale $ 5

CON DERECHO
AL REGALO DE
CUATRO CROMOS Á
20 COLORES